

Domingo Melfi

PANORAMA UNIVERSAL

LA REVISIÓN DESPUÉS DE LA GUERRA

LOS publicistas de la Rusia Roja iniciaron la revisión de los documentos secretos de su historia diplomática. Mostraron al mundo toda la verdad que los políticos del zarismo se obstinaron en ocultar. Parecían estar poseídos de un espíritu demoníaco de investigación y de análisis y con un sentido implacable de crítica bajaron hasta lo más escondido de las galerías subterráneas, y tal que si acabaran de descubrir un tesoro, asomaron, temblorosos, con las manos llenas de documentos.

Europa ha seguido este mismo rumbo, sin trepidar, poseída también de un vértigo de sinceridad que hace pensar en que se encuentra al borde de una nueva catástrofe y trata de evitarla, mostrando las llagas que la llevaron a derramar tanta sangre. Políticos, diplomáticos y novelistas extraen del fondo de los archivos o del surco todavía abierto de las trincheras, el secreto y el horror de la hecatombe inútil. Parecen decir: «La humanidad ha vivido de mitos, de leyendas, de errores, de prejuicios. Vamos a descomponer pieza por pieza el complicado mecanismo del pasado, para que las generaciones de hoy, más conscientes de su destino, vean

hasta qué punto están pagando las culpas y los errores de los hombres que fueron erigidos en símbolos. . . »

Y así los hombres que parecían héroes quedan reducidos a las proporciones de simples seres humanos con todas las ambiciones y miserias que son privativas del común de los hombres. A estos investigadores de una realidad que vivió oculta les importa menos la ira de muchos de sus contemporáneos que la reconstrucción simple y precisa de los hechos y de los personajes. Rehacen la historia, arrancan las caretas con que los diplomáticos cubrieron sus perfidias, quiebran los prejuicios, descubren los caminos tapiados por el disimulo y muestran en toda su impresionante desnudez la deslealtad, el capricho, la ambición, el mal. Son investigadores libres, temerarios y enérgicos; héroes de una guerra sin trincheras, que no habrían podido subsistir años atrás en medio de la vorágine envenenada de Europa.

En Francia inició esta revisión implacable Pierrefeu, en un libro que causó sensación: *Plutarco ha mentido*. Hacía la historia de los héroes, pero no en sus debilidades de alcoba ni en sus secretos íntimos, sino en el error, como conductores de la guerra. Pierrefeu tenía la misión de redactar durante la guerra, día por día, a las tres de la tarde, el comunicado oficial de los ejércitos. Es decir la mentira oficial. . . . El demostró más tarde que en realidad era el redactor obligado de las mentiras piadosas, con las cuales se calmaba la ansiedad de Francia y del mundo. En su libro salían mal parados Joffre, Foch, Petain y Gallieni. Dejaban de ser los héroes que el mundo había admirado, para convertirse en juguete de los acontecimientos. La guerra no la habían ganado los jefes, que cometieron errores, sino la muchedumbre. La victoria del Marne no era más que una retirada temerosa de French; y por tanto Joffre la había ganado por casualidad; Foch era un testarudo, junto con todo su Cuartel General, pues se

obstinó en creer que los alemanes entrarían por Alsacia y Lorena, y los generales que habían previsto la invasión por Bélgica, fueron castigados. Muchos de los jefes franceses se detestaban entre sí. Al frente iban los rencores vivos, las pasiones desnudas. Entre tanto la masa avanzaba o retrocedía, ignorante de las pasioncillas de sus conductores.

Francia vivió días amargos con el libro sensacional de Pierrefeu, quizá exagerado; tal vez lleno con la pasión de un hombre al que las circunstancias obligaron a mentir cada día; pero luego Francia comprendió que era ese el mejor medio para penetrar en el fondo de la verdad que se le había ocultado sistemáticamente. Un millón de muertos y 700 mil mutilados era la pirámide sobre la que monsieur Pierrefeu se había encaramado para lanzar sus demoledoras carcajadas....

Luego surgieron los libros ingleses y alemanes. Los almirantes ingleses siguieron el mismo camino. Se trataba de fijar las responsabilidades, los desaciertos, los errores, y para ello no había más remedio que hablar fuerte y claro. Resonó entonces la voz seca y dura del almirante Jellicoe acusando a Beety de no haber sabido manejarse en la batalla naval de Jutlandia. El poder naval inglés había estado a punto de hundirse. Un calofrío de terror arañó la espina dorsal de Inglaterra. Londres vivió minutos trágicos, quizá más impresionantes y más crueles que los que hubo de soportar cuando los ejércitos alemanes se acercaban rápidamente a Calais. Días sombríos para el orgullo insular de los británicos que sentían ya en sus costas el torbellino de la avalancha germánica.

Revisión implacable de errores que estimula y que sólo es posible en pueblos de conciencia democrática capaces de mirar con entereza sus propias culpas. Los escritores y políticos de Europa dan un ejemplo saludable a los países de Hispano América que viven ocultando sus miserias y sus desaciertos como esas familias

arruinadas que fingen bienestar o como esos enfermos que cubren las llagas de su podredumbre.

Ludwig, en Alemania, no ha trepidado en descorrer el velo de las perfidias de sus diplomáticos y gobernantes que arrojaron a la civilización occidental en la espantosa catástrofe que todos estamos pagando. *Guillermo II* podrá ser un libro apasionado pero es en todo caso un documento de inestimable valor como lo es *1914*, el libro de la historia diplomática de la guerra. En sus manos de investigador voraz se ve el temblor de los hilos ocultos que vibraron desde Berlín a Viena, de Viena a San Petersburgo, de Londres a París, de París a Roma. El mundo occidental de antes de 1914 revive con sus emboscadas, con sus deslealtades, con sus agonías. Lo levanta como si fuera un cuerpo muerto, para mostrar los surcos y los caminos a través de los cuales se arrastró la ambición fría de los gobernantes. El hombre de hoy, para el que ya no existen héroes ni símbolos—tal vez sea este el secreto de la profusión con que ahora se escriben biografías noveladas de grandes hombres...—, puede palpar la terrible realidad de los días que precedieron al gran drama europeo. Puede asimismo conocer las pequeñas pasiones, los orgullos morbosos, las torpezas de los políticos ignorantes, las imprudencias criminales, los odios de las castas monárquicas, el desprecio de los capitalistas a las masas famélicas. Hay, a pesar de todo, en esas revisiones, una realidad desgarradora que conmueve. Evoca al actor que se despoja de los trajes ostentosos que vistió una hora para volver a la realidad opaca y triste de su vida cotidiana.... Realidad mezquina y vergonzante de hombre acosado por las necesidades y las penurias de una existencia difícil.

Lo grande es el patetismo, la dramaticidad de las obras que produce el dolor de los que fueron víctimas de un penoso y estéril sacrificio. Parecen devorados por el frenesí de la confesión. Tienen prisa de descargar

el corazón, quizá la conciencia, como si estuvieran a las puertas de un mundo tenebroso, en el que se les exigiera, para penetrar, alivianarse de las culpas. ¡Y no son culpables!. . . Pero hablan el lenguaje dramático de los que sufrieron; habla por ellos una generación desorientada, que no sabe qué camino seguir, porque Europa, como antes de 1914, parece de nuevo acometida por el vértigo de la desesperación. Escritores y pensadores toman posiciones netas. El orden social reinante, según ellos, va a arrastrarlos a la misma vorágine y urge entonces sacudir a las masas, mostrándoles el vacío y la soledad de sus existencias. Esta literatura es de combate, más que de otra cosa. Su naturalismo es excitante y angustioso porque no se contenta con describir únicamente las costumbres, sino que impone derroteros y abre simas inesperadas en la conciencia de los lectores.

Se comprende que en los países americanos estos libros obtengan éxitos tan definitivos. Las clases sociales americanas viven también desorientadas, sin ideales, ahogadas en una espantosa soledad interior. Encuentran, por tanto, una secreta analogía con el alma centrífuga de esas generaciones europeas que perdieron la fe en una lucha bárbara e inútil y vieron caer a su lado, en el lodo de las trincheras, a los hombres mejor dotados por el destino para luchar y vencer en las horas pacíficas.

Quien lea el libro póstumo de Clemenceau, *Grandezas y miserias de una victoria*, comprenderá hasta qué punto los bastidores de la historia están amasados, en realidad, con más miserias que grandezas. El espíritu crítico de la nueva generación no perdona los yerros de los que, bien o mal, asumieron el papel de conductores. El documento ofrece esta garantía. Rehace una verdad que se mantenía oculta y ayuda a construir una realidad que aunque dolorosa, sirve para enmendar los rumbos futuros. El ilustre muerto arroja

todavía desde ultratumba sus feroces sarcasmos. Se defiende de los que intentaron restarle méritos a su acción. Parece ansioso de llegar pronto a la inmortalidad y entonces con golpes que parecen codazos y sonrisas que parecen rugidos, el Tigre abre el camino para llegar al sitio que le corresponde. Así se baten los héroes.

Es natural que las generaciones de hoy que leen estos libros sonrían con un poco de ironía